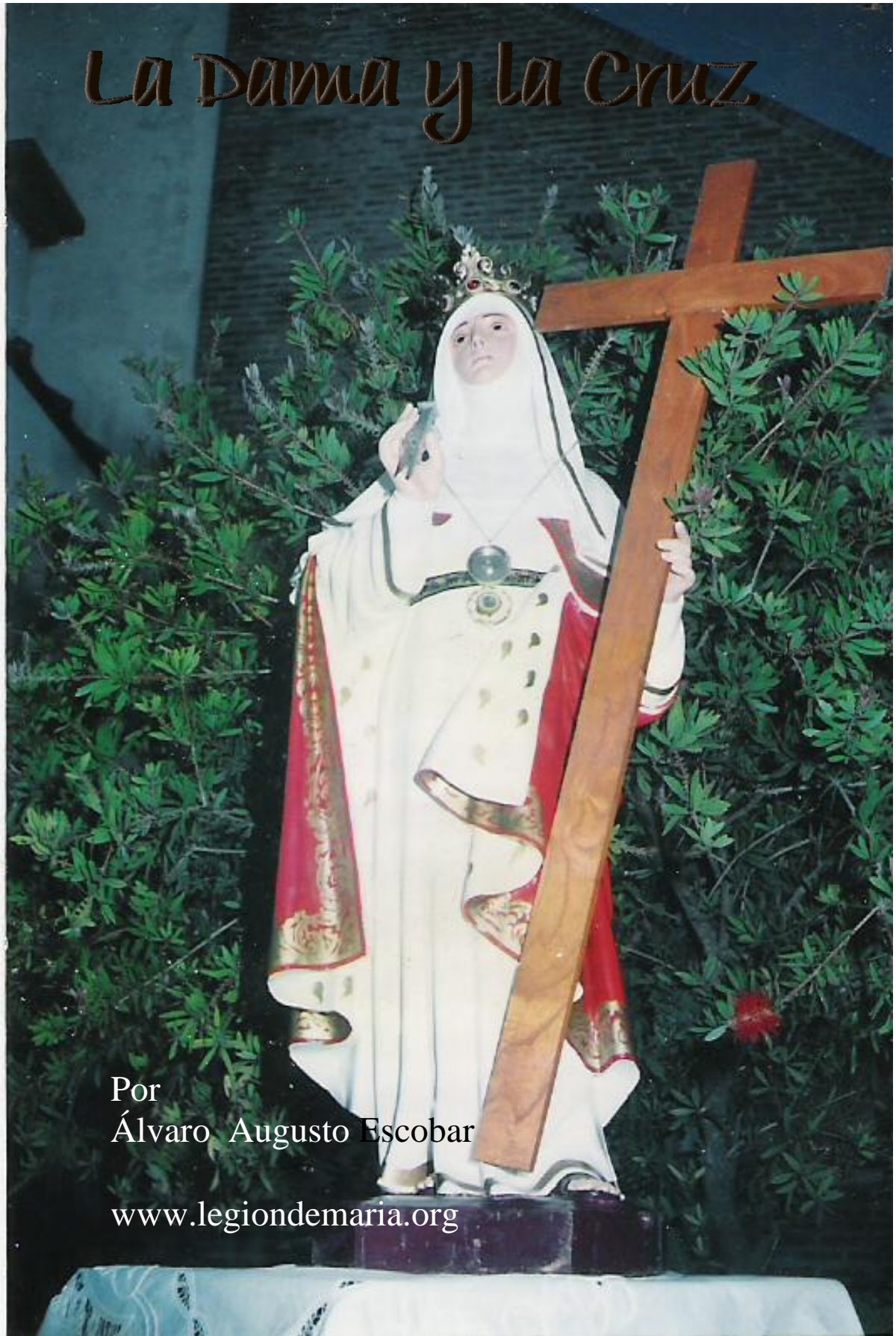


La Dama y la Cruz



Por
Álvaro Augusto Escobar

www.legiondemaria.org

INTRODUCCIÓN

Difícil tarea la de escribir la vida de una mujer que vivió hace 1.675 años, en una época histórica donde solo se escribía de los hombres más importantes, donde la mujer era tratada como inferior al hombre; sumado a todo esto los biógrafos contemporáneos a la santa solamente han escrito breves biografías y que quienes han escrito la biografía documentada sobre ella han vivido un siglo después, por ello, para esta biografía se han utilizado las crónicas de los historiadores contemporáneos de la santa como ser Rufino, Zozemeno, y autores de la talla de San Gregorio, San Juan Crisóstomo, San Paulino de Nola, San Ambrosio que vivieron en años posteriores a Santa Elena y recogieron los principales aspectos de su vida y las obras de autores del siglo XX ya fallecidos como Louis de Wolh y Tillemont.

Todos estos autores son historiadores y escritores cristianos, que detallan que fue Santa Elena quien halló la Santa Cruz donde Cristo murió por nosotros, por esto, muchos autores e historiadores ateos dicen que el hallazgo de la cruz es solo una leyenda, inventada por Santa Elena, basándose principalmente en que no hay noticias expresas de tamaño acontecimiento hasta un siglo después; esta cuestión es resuelta por los autores citados más arriba y confirmada por San Macario Obispo de Jerusalén y testigo del hallazgo, quien lo documentó en un manuscrito guardado actualmente en el Monasterio Santa Catalina del Monte Sinaí en Tierra Santa.

Esta polémica sobre el hallazgo de la Santa Cruz surge del silenciamiento que hace el historiador Eusebio de Cesarea en su Obra "*Vita Constantini*" (Vida de Constantino El Grande), del viaje de la Emperatriz a Tierra Santa, pero como dice Tillemont a Eusebio de Cesarea sólo les interesaba los acontecimientos que involucraban al Emperador y no a su madre.

Otro aspecto interesante en la vida de Santa Elena es que todos sus biógrafos elogian sus virtudes y belleza, comparándola con la de la Santísima Virgen María, virtudes que la convertían en una pagana distinta de las demás y que sin saberlo ella eran de una cristiana ejemplar, por eso dice San Gregorio esas virtudes eran "las que la predisponían a recibir cuando llegase la hora la gracia del Evangelio".

Como se verá a medida que se lea la biografía, la vida de Santa Elena estuvo muy unida a episodios importantes de la historia romana como más adelante lo serían para la Iglesia.

Explicado algunos aspectos sobre la vida de la primera Emperatriz cristiana del Imperio Romano, espero que esta breve biografía de Santa Elena nos ayude a conocerla un poco más y a imitarla en el amor a la Cruz del Señor.

CAPITULO I

“La hija de un Rey Bárbaro”

Hacía tres siglos que Cristo había dejado su mensaje de salvación y su mandato misionero a la Iglesia; todos los apóstoles habían sellado su misión con la palma del martirio.

El Imperio Romano gobierna todo el mundo conocido de esa época, entre las tierras conquistadas se encuentran las pertenecientes al Rey Bárbaro Coel y eran aquellas que hoy forman la región del Asia Menor; Coel llegando a aun acuerdo con el ejército romano que controlaba la parte oriental del Imperio salva su vida y se une a Roma; como parte del concordato de rendición se le concede una propiedad en la frontera oriental del Imperio hacia la Turquía Asiática, donde él levanta una fonda o posada.

Hacia el año 247 d.c., siendo hija del rey bárbaro Coel y de madre pagana nacía *Flavia Julia Elena*, tal el nombre de la futura Emperatriz, Flavia Julia Elena nació en la Aldea de Drépana en el golfo Meridional de Nicomedia, la actual Yalova, en la hermosa y turística provincia de Bitinia, en la región del Asia Menor en Rusia junto al Mar Mármara en la Turquía Asiática.

Su juventud ciertamente que no fue entre flores y agasajos, ya que se veía obligada a limpiar la casa y a hacer la comida para sus padres y hermanos; además sus padres le encomiendan la atención de los clientes que llegan a la posada.

Elena era pagana, como paganos eran sus padres, pero adornaban su alma un cúmulo de virtudes: la humildad, el pudor, la mansedumbre, la modestia y la sencillez, que la predisponían a recibir cuando llegase el momento, la gracia del Evangelio.

En su juventud, ella pudo contemplar los efectos de las persecuciones a los cristianos mandadas desde Roma: vio a los cristianos que eran tomados presos y metidos a las cárceles de donde salían para ser atormentados cruelmente, quemados vivos o arrojados a las fieras. Fueron mártires contemporáneos a Santa Elena: Santa Lucía, Santa Inés, San Sebastián, Santa Cecilia y el sumo pontífice San Marcelino.

Elena no terminaba de comprender por qué los emperadores romanos cometían esas atrocidades, ¡si los cristianos eran buena gente!, ella trataba con algunas muchachas de su edad que pertenecían a esa nueva religión y no podía sino decir que eran excelentes. Tanto que, a veces, comparándolas con sus amigas paganas, había de reconocer que las superaban en todos los aspectos.

Sostiene San Ambrosio, secundado por Rufino y Sulpicio Severo que la naturaleza de Elena era rica en dones de Dios, poseía físicamente una singular hermosura que realzaba la espontánea nobleza de su espíritu y esa que llaman “*aristocracia del alma*”: una inteligencia privilegiada y un gran corazón.

Corría el año 270, tenía ya Elena alrededor de 23 años. Todos sus encantos estaban en auge, como un capullo recién abierto. Cuando la providencia, “río caudaloso lleno de posibilidades y sorpresas” cambia por completo el curso de su obscura vida.

CAPÍTULO II

“*Constancio Cloro*”

Ignoramos dónde y cómo se conocieron Elena y Constancio Cloro. Él, general valeroso, de noble familia, prefecto del Pretorio durante el gobierno de Maximiano era de carácter suave, de espíritu exquisito y culto, de salud delicada y codicioso por obtener fortuna y poder. La palidez de su rostro había dado, según Tillemont, origen a su sobrenombre, Cloro.

La espléndida y pudorosa hermosura de aquella muchacha se le entró por los ojos robándole el corazón.

Constancio Cloro pide a Coel la mano de Elena, y contraen enlace; no han faltado autores malintencionados que hablaron de concubinato. Nada de eso, Tillemont se ha encargado de demostrar plenamente la legitimidad de su matrimonio.

Elena acompaña a Constancio Cloro a Germania (Alemania) e Inglaterra, y cuatro años más tarde en Naïssus (Dardania), actual Nis en la ex Yugoslavia nació el único hijo la pareja: Cayo Flavio Valerio Constantino el que la historia conocerá como “el Grande”, ese dichoso día fue el 27 de febrero de 274.

Pero no todo fueron alegrías.

Todo iba bien hasta que el 1° de marzo de 293 hubo un gran cambio en la vida de Elena.



Constantino el grande

CAPÍTULO III

“El divorcio”

El Imperio Romano se había extendido prodigiosamente. Diocleciano y Maximiano que, unidos hacía tiempo, lo compartían con el título de Augustos, decidieron tener cada uno de ellos un César que colaborara en el gobierno y administración de sus Estados. Diocleciano eligió a Galerio y Maximiano a Constancio Cloro, este último es nombrado César para las Galias (Francia), Gran Bretaña y España.

Una condición le impuso al marido de Elena: había de repudiar a su mujer y casarse con la hijastra de Maximiano, único medio de que existiera el imprescindible “parentesco” entre Constancio Cloro y Maximiano; es así que después de 33 años de matrimonio, se separó, pues, de Elena y se unió en matrimonio con Teodora.

Elena contaba por entonces con 46 años de edad, separada de su esposo y de su hijo, decide volver a Drépano con su criada Licia quien sería madrina de Elena cuando ella abraza la fe.

Cuenta Zozemeno que Elena “al verse postergada no dejó que se le quebrasen las alas del alma. Las plegó hacia adentro, y serena, tranquila y solitaria se refugió en reino de su corazón. Allí le dolía menos su abandono.” Es que sin ella sospecharlo, la acompañaba Jesús.

Más le costaba sufrimiento la ausencia de su hijo. Diocleciano, intuyendo n Constantino excepcionales dotes de guerrero y organizador, quiso prepararlo por sí mismo con vistas al futuro. Años fecundos estos que pasó Constantino junto al Emperador; dejaron en él una impronta indeleble, ya que, al estallar furiosa y demoledora “la gran persecución” contra los cristianos, pudo personalmente comprobar de qué era capaz una fe religiosa profundamente sentida.

Hasta aquí vemos que la vida de Santa Elena va unida a hechos de la historia universal, es decir que esos datos los podemos encontrar en cualquier libro de Historia Antigua, pero, dejemos de lado la historia del Imperio Romano para ir a Drépano donde vive Elena repudiada por su esposo y que está por encontrarse cara a cara con Cristo, para que nuevamente la historia universal nos lleve a Roma.

CAPÍTULO IV

“*Quiero ser cristiana*”

Elena volvió con su criada Licia a Drépana, corría el año 307; ese mismo año renacería del agua y del Espíritu, ya que sería preparada para recibir el santo Bautismo.

La persecución de los cristianos se agudizaba como así también el odio, puesto que se los consideraba enemigos del Estado.

En la soledad de su casa, tiene Elena frecuentes diálogos con su criada Licia; ésta era una mujer sencilla y humilde, hija de padres cristianos y martirizados en la misma época que San Marcelino y San Sebastián.

Hacía cuatro años que la sede romana estaba vacante, a consecuencia del martirio del papa San Marcelino, único obispo romano sobreviviente era San Bonifacio quien en visita pastoral a las tierras orientales del imperio caería en manos de Galerio, que la historia recuerda como “el cruel”.

“Una tarde, Licia vuelve preocupada. Elena al verla, piensa que algo malo debe haberle pasado a su hijo Constantino, pero Licia la tranquiliza, diciéndole que Constantino estaba bien, entonces Elena le pregunta:

-¿Por qué te veo tan mal, Licia?

Licia, entonces, cuenta a Elena lo que ocurrió hacía pocas horas.

- Yo estaba en la calle cuando las trompetas anunciaban que Galerio salía del Domus Aureas, me alejé rápidamente y tropecé con un viejo mendigo, quien me informó que Galerio había ordenado un proceso muy rápido, a un extranjero, cristiano, venido de Roma.

- ¿Quién era? Preguntó Elena, con ansiedad.

- Era Bonifacio; Galerio ordenó que lo ataran con hierros y le pusieran estacas agudas en sus uñas y que llenaran su boca de plomo hirviendo hasta que lo decapitaron.

Licia llegando al fin del relato dice como inspirada por el poder del Espíritu Santo: -Realmente la sangre de los mártires fecunda la tierra de tal manera que hace surgir nuevos cristianos, sinceros, valientes y fervorosos.

- Así lo creo yo.- dice Elena, tocada interiormente por la gracia - ¡Cuánto me agradaría conocer bien a Jesús y sus enseñanzas evangélicas.

Licia al escuchar esas palabras se llenó de gozo porque hacía 33 años que esperaba la oportunidad de darle el mensaje de Cristo a su ama, que al decir de los demás cristianos , para ser pagana se les parecía muchísimo a ellos.

Licia guiada por el Espíritu Santo le dice:

-Yo la puedo instruir; he nacido en un hogar cristiano y las enseñanzas de Jesús las conozco y las he vivido desde mi infancia.

- Quiero ser cristiana- dijo Elena, iluminada por la luz del Espíritu Santo.”

Es así que se preparará para recibir el santo Bautismo, gracia que ocurre en el año 308 y según San Juan Crisóstomo le fue “impartido por el sumo pontífice San Marcelo I”; tenía 61 años de edad.

Una vez más la vida de la futura Emperatriz se une a acontecimientos que fueron forjando la historia del imperio romano.

Mientras que Elena era instruida para recibir los óleos, el 25 de julio de 306 Constancio Cloro moría por extraña enfermedad, cuando guerreaba contra los galos rebeldes en Bretaña.

Otro dato que la historia nos ofrece es que Galerio es atacado por un extraño mal que pudre sus vísceras e infecta su carne de gusanos.



SANTA ELENA
En el crucero en la Iglesia de San Pedro
(Vaticano)

CAPÍTULO V

“Elena, Emperatriz”

A la muerte de Constancio Cloro, el ejército proclama a Constantino único emperador de Roma.

Constantino mediante una serie de batallas y procedimientos diplomáticos logra vencer en occidente a todos sus rivales que se disputaban el imperio.

Una vez que Constantino consolidó su poder en la parte occidental del Imperio Romano, busca y lleva a su madre Elena a vivir con él a la corte del palacio de Tréveris, le otorga el título de Emperatriz Augusta, acuña monedas y estatuas que se conservan actualmente en el museo de la cripta de la capilla dedicada a Santa Elena en la Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén en Roma.

Además, Constantino le hizo donación de muchas ciudades, le abrió sus tesoros y la rodeó de respeto y afecto, le construyó un precioso palacio que se llamaba Sessorum (hoy solo quedan ruinas del palacio) cerca de San Juan de Letrán y nombró una larga lista de hombres y mujeres para servirla.

Elena con gran prestigio y mejor corazón influyó en el corazón de su hijo para que suavizara las leyes bárbaras contra los delincuentes y condenados a las minas. Visitaba con frecuencia a los encarcelados y distribuía todos los tesoros de que podía disponer para los pobres.

A pesar de ser madre del emperador y gozar del título de Augusta era sumamente humilde y sencilla. Sólo tenía una cosa en su corazón: extender por todas partes el conocimiento y amor de Jesucristo.

Por su amor a Cristo recibía una gracia muy especial unida por un gran dolor...pero no adelantemos los acontecimientos.

Constantino no gobernaba todo el imperio romano, ya que él se hallaba en las Galias (Francia) y la sede del poder en Roma cuyo Cesar era Majencio.

Lo que Elena y Constantino no sabían era que el mismo Cristo será quien venza a Majencio y gane Roma para que sea corazón y centro del cristianismo.

CAPÍTULO VI

“*Con este signo vencerás*”

La historia conoce esta Batalla como la “Batalla de Saxa Rubra” y ocurrió el 28 de octubre de 312, pero dejemos que sea Eusebio de Cesarea, quien nos cuente la gracia ocurrida:

“Eran las horas postmeridianas, cuando el sol declina ya; Constantino vio en el cielo, con sus propios ojos, un trofeo de cruz compuesto de luz, superpuesto al sol, y adherida al mismo una escritura que decía «con este signo vencerás». Él, que justamente con todo el ejército que le sigue, se sienten presa de estupor. Constantino no comprende el significado de la aparición y pensándolo largamente llega la noche.

Pero mientras duerme, se le aparece el Cristo de Dios, justamente con el signo visto en el cielo, y le manda que haga una imitación del signo y se sirviera de él como de salvaguarda en las refriegas con los enemigos”.

Constantino al despertar impresionado vivamente por la visión que interpreta venir de lo alto y, recordando que Elena era cristiana dice: “*confío en Cristo en quien cree mi madre Elena*” y manda grabar esta imagen en su bandera, escudos y estandartes, y así pertrechados se lanza a la batalla.

Al mediodía del 28 de octubre se enfrentan los ejércitos de Majencio y Constantino, al batirse las tropas de Majencio en retirada, cede la construcción del puente Milvio, pereciendo en el Tíber, Majencio y todos sus hombres.

Constantino entra en Roma el 29 de octubre de 312, Elena de quien ya se hablaba en toda Roma por sus virtudes es recibida triunfalmente con el título de Emperatriz Madre del Imperio Romano.

Aunque Constantino retrasaría su Bautismo hasta la misma muerte, ocurrida el 22 de mayo de 337, es complaciente con la condición de cristiana que tiene su madre, que daba sonados ejemplos de humildad y caridad.

CAPÍTULO VII

“Creo en la Iglesia Católica”

Ya está restablecida la unidad imperial, reconocido Constantino soberano del orbe, considera a su madre la soberana, elevada a la cúspide de las grandezas humanas, Elena no se envanece. Vive sin pretensiones ni lujosas ostentaciones, y según afirma San Gregorio, “su encantadora modestia enardece de entusiasmo a los romanos”.

Elena enriquecida por la gracia de sus espléndidas cualidades personales despliega su poder a favor de su hijo. Y es entonces cuando se percibe el valor de su influencia al transmitirle, con su cariño, todos los tesoros de bondad y prudencia que su alma acumula.

Constantino como homenaje a su madre o como agradecimiento a Cristo por la batalla que ganó para que él sea el único emperador de Roma, piensa que ha llegado el momento de la paz religiosa, es así que en el año 313 proclama el Edicto de Milán, fijando de ese modo “oficial y solemnemente la existencia jurídica de la Iglesia Católica y el Cristianismo religión oficial del imperio”. En el momento del Edicto ocupaba la cátedra de Pedro San Melquíades.

Constantino cristianizó el derecho romano: fueron favorecidos los más débiles; la mujer, el niño y el esclavo. Se debe a él y a Elena la abolición del suplicio de la cruz para los delincuentes. Todo parecía marchar bien, pero estaba la fracción del ejército que tenía entorno del culto de los dioses sus intereses y empresas, entonces, una conspiración encabezada por el general Casius se lleva a cabo con el fin de matar a quien ellos sostienen que es la autora de todas las promulgaciones del emperador, la emperatriz Madre: Elena.

Es así que en el otoño de 313 hombres al mando del general Casius irrumpen en el Palacio Sessorum, pero en vez de asesinar a Elena, matan a su nieto Crispo heredero del trono y a su muerte la Emperatriz Fausta, sostenida por la fe consuela a Constantino quien da la orden de ejecutar a los traidores.

En el año 321 se prohíbe totalmente el culto de los dioses lares del imperio y en el año 323 Constantino, con el fin de esclarecer las disensiones y herejías de Arrio, convoca el 1º Concilio Ecuménico celebrado en Nicea, de cuyas deliberaciones surge el Credo de Nicea (año 325).

CAPÍTULO VIII

“Viaje a Tierra Santa”

entramos en el año 326, Elena tiene 79 años de edad y siente el declinar de su vida. Desde que el emperador ha trasladado su sede a la antigua Bizancio, la “Nueva Roma” o Constantinopla, allí vive ahora su madre, en aquella casa que él en su honor, ha adornado prodigiosamente de pórticos y estatuas. Cerca tiene la iglesia de Santa Irene, también restaurada y embellecida por su hijo. En la placidez de los atardeceres; acompañada de alguna de sus criadas, entra en la iglesia y en ella permanece largo rato dando expansión a su piedad.

Considerando la magnificencia de aquella ciudad que ha hecho resurgir Constantino a orillas del golfo de Bósforo, se le enardecen los deseos de hacer algo semejante en los lugares que, en Palestina, santificó Jesucristo con su presencia.

Para Elena este viaje adquiere un carácter penitencial, quiere de alguna manera reparar y pedir perdón por los pecados cometidos por el imperio. Su viaje por los Balcanes hace desaparecer todo resto de persecución contra los cristianos.

Las multitudes acudían para ver y venerar a aquella princesa extraordinaria a quien consideraban como la madre del imperio.

Rufino y Zozemeno cronistas del viaje de la Emperatriz, dejaron escrito que “llamaba la atención la persona de la emperatriz. Anciana, conservando aun los rasgos de su extraordinaria belleza, parecía no darse cuenta de la admiración que despertaba a su paso. En cambio, con una humildad que sobrecogía el ánimo de todos, se colocaba en las asambleas de los fieles en cualquier punto designado para las mujeres, mezclándose con las de más baja condición.”

“Se hospedaba en conventos de mujeres vírgenes consagradas y hacía vida común con ellas, ocupando su tiempo en remediar toda clase de necesidades y la admiración que por ella sentían. Pero nada le produjo una impresión tan reverente como el ver a aquellas doncellas cristianas que, renunciando a los halagos del mundo, consagraban a Cristo su virginidad.”

La tradición atribuye a Elena el hallazgo de las reliquias de los santos Reyes Magos que actualmente reposan en la catedral de Colonia en Alemania, además hizo construir en Belén la Basílica de la Natividad, la Basílica del Monte Calvario que está bajo el poder de los musulmanes y la Basílica del Monte de los Olivos; edificaciones que después de siglos todavía hoy dan testimonio de la grandeza de Santa Elena.

CAPÍTULO IX

“Hallazgo de la Cruz”

Escritores sumamente antiguos como Rufino, Zozemeno, San Juan Crisóstomo y San Ambrosio cuentan que Elena ansiaba encontrar la Cruz de Cristo.

Cuenta Sulpicio Severo que la madrugada del 3 de mayo de 326 Elena tiene un sueño donde se le revela el lugar donde está enterrada la cruz, los clavos, la corona de espinas y la inscripción de Pilatos “INRI”. En la mañana de 3 de mayo asesorada por el historiador judío Judas de Jerusalai, quien le revela que los judíos para privar a los cristianos de su símbolo, decidieron arrojar a un pozo las tres cruces del Calvario junto con los demás instrumentos¹ y que efectivamente como ella le preguntara, el Calvario era donde se encontraba el Templo a la Diosa Venus.

Derribado el templo, después de muchas y muy profundas excavaciones se encontraron tres cruces.

Narra el historiador Rufino que San Macario, obispo de Jerusalén mandó a hacer rogativas para obtener de Dios, la gracia de conocer la verdadera Cruz; y que como no se podía distinguir cuál era la de Cristo, San Macario hizo traer a una mujer agonizante. Al tocar la primera Cruz, la enferma se agravó, la Cruz era del Ladrón Gestas, al tocarla con la segunda quedó igual de enferma de lo que estaba, la Cruz era del ladrón Dimas, pero al tocarla con la tercera Cruz, la enferma recuperó instantáneamente su salud.

Fue así como Santa Elena, San Macario y miles de cristianos llevaron la cruz en piadosa procesión por las calles de Jerusalén y el historiador Zozemeno cuenta que por el camino se encontraron con una mujer viuda, que llevaba a su hijo muerto a enterrar y que acercando la Santa Cruz al muerto, éste resucitó.

Después de dar satisfacción cumplida a su piedad, Elena, dispone que la Santa Cruz sea dividida en tres trozos: un fragmento de la Santa Cruz envió a su hijo Constantino a Bizancio o Constantinopla, hoy Estambul (Turquía), ese fragmento se ha perdido. Constantino lo recibió con grandes honores; otro fragmento fue enviado a Roma junto con los clavos y la corona de espinas, para la iglesia que ella misma había fundado, que actualmente se llama Iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén y el trozo mayor se lo entregó a San Macario para la Iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén, ambos fragmentos todavía hoy se conservan en sendas Iglesias.

¹ Este mismo relato hace la venerable sierva de Dios Ana Catalina Emmerick, en sus visiones de la Pasión de Cristo (Editorial Guadalupe- 2004 Edición1)

CAPITULO X

“Quien honra a su madre, es como quien encuentra un gran tesoro”

Elena no pudo ver terminadas las obras de Tierra Santa, pues su avanzada edad le aconsejaba regresar al lado de su hijo que se hallaba en Bizancio. Pero pasa por Palestina, donde visita a las vírgenes consagradas al Señor, donde deja una huella imborrable como modelo de modestia, humildad y virtud.

En el verano de 329 llega a Bizancio- Constantinopla, siente en su cuerpo el peso de los años y en su alma ansias de eternidad.

En brazos de su hijo Constantino, entrega su alma a Dios, el 18 de agosto de 329 a la edad de 83 años. Su fallecimiento tuvo carácter de duelo nacional, siendo muy llorada por todo el imperio; su cuerpo es enterrado en la Catacumba INTER DUOS LAUROS, sobre la cual el Emperador Constantino hizo edificar una pequeña iglesia en su honor; en el 330 Constantino traslada los restos de Elena a la Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén en Roma, donde en la Capilla ARA CAELI reposan sus reliquias óseas, a saber su cráneo y algunos de sus huesos, otras dos iglesias poseen restos óseos de Santa Elena: la iglesia San Giles en Francia y la Catedral Ortodoxa Santa Irene en Estambul (Turquía); en la Capilla ARA CAELI, se encuentran además, fragmentos de la Santa Cruz, los clavos y la corona de espinas de Jesús, monedas y bustos con la efigie de la Emperatriz como así una colección de cuadros llamada “Colección Helenia”, del pintor italiano Pinturicchio.

La archí basílica de San Juan de Letrán, la Iglesia de Santa Sabina y la Abadía de San Matías de Tréveris guardan también reliquias óseas de la Santa Emperatriz.

CAPÍTULO XI

“Glorificación”

No hizo Santa Elena, que sepamos, milagros en vida, y aun ignoramos si después de su muerte. Pero supo hacer el “milagro” de esgrimir con la misma humildad una escoba en la hostería de su padre que el cetro del mundo en la corte de su hijo, y de dar un brinco desde las tinieblas del paganismo hasta los esplendores de la santidad.

Santa Elena fue una mujer ejemplar, si bien estuvo en la cima del mundo del poder y fama; despreció todo ello y se inclinó en actitud de servicio ante sus hermanos. Incluso concurrió a misa junto con todo el pueblo, como una más.

Santa Elena es patrona de la arqueología y los arqueólogos, de las mujeres y de las mujeres que militan en la política y es abogada y ejemplo porque nos enseña a amar y abrazar la cruz de Cristo, el alivio en las tribulaciones.

También debemos recurrir a ella para encontrar las cosas pedidas y el verdadero tesoro de nuestra vida que es Cristo crucificado por amor a nosotros.



CAPÍTULO XII

Frases de su Padre, el Rey Coel a Santa Elena:

“ La madera es sagrada...La madera es el desastre del hombre y el triunfo del hombre. Da muerte al hombre, y salva al hombre, el mundo que conocemos está edificado sobre madera, el árbol sagrado, el árbol de la vida”

“Tu voluntad es tu voluntad... cuando quieres lo bueno.”

“Si no puedes mandar en cosas pequeñas, ¿cómo vas a mandar en las grandes?”

CAPÍTULO XIII

Para escribir esta biografía, se compaginaron fragmentos de los siguientes relatos biográficos sobre Santa Elena:

- Relatos biográficos de Rufino, Zozemeno, San Juan Crisóstomo y San Ambrosio, San Gregorio, San Paulino de Nola, Sulpicio Severo y San Macario.
- Las obras de :
 - Louis de Wolh “El árbol viviente, biografía de la emperatriz Santa Elena”, de donde se toma el relato del diálogo entre Elena y Licia.
 - Relatos del historiador Tillemont , de donde se toman las frases de Coel y de de Wolh.
 - Santa Elena, Reina de Sor María Engracia Ibáñez ODN, cuadernillo editado por la Arquidiócesis de Madrid.
 - Fray Rafael María López- Malúz “Santa Elena Emperatriz y la Cruz de Cristo”
 - Eusebio de Cesarea “Vita Constantini” de donde se copia textualmente lo ocurrido en la Batalla de Saxa Rubra
 - Padre Luis Correa Llano s.s. “Santa Elena, emperatriz” Colección vida popular de santos.